

Resumen: Se cumple durante el año en curso el tercer centenario del nacimiento del filósofo alemán Immanuel Kant, al que numerosos estudiosos consideran, junto con Platón y Aristóteles, el pensador más influyente de la historia. Vivió en un momento crítico de la Modernidad, cuando la eclosión de la nueva ciencia imposibilitó que se siguiera manteniendo la unidad del conocimiento. Kant está en la raíz de la separación de la ciencia positiva respecto a la filosofía especulativa, hecho cuyas secuelas no siempre deseables han generado desafíos que todavía deben ser resueltos. En cambio, las enseñanzas de Kant en lo relativo a la libertad, la fundamentación de la ética y el reconocimiento de los derechos de la ciudadanía siguen estando de plena actualidad y constituyen una inagotable fuente de inspiración.

El filósofo Immanuel Kant nació el 22 de abril de 1724 en Königsberg, ciudad situada a orillas del mar Báltico y capital de Prusia Oriental, aunque en la actualidad, y con el nombre de Kalinigrado, pertenece a un enclave ruso situado entre Polonia y Lituania. Toda su vida transcurrió en su entorno, esto es, una zona marginal de la Europa de entonces y también de ahora. Quedó huérfano y prácticamente indigente sin haber acabado los estudios, sirviendo unos años como preceptor en familias adineradas hasta que con muchas estrecheces inició una carrera académica en la Universidad. La de Königsberg no era un centro educativo importante: mucho menos prestigioso que Halle, la otra universidad prusiana, apenas contaba por entonces con unos trescientos estudiantes en total, que se distribuían en 4 facultades y acudían a los domicilios particulares de los profesores para recibir sus lecciones en bajeras (por no decir cuerdas) habilitadas al efecto. Sin embargo, antes de morir nuestro hombre se había convertido en el filósofo más importante de todo el espacio germánico y al día de hoy figura entre la media docena de figuras señeras de la historia del pensamiento. Y no sólo eso: muchas aportaciones suyas siguen vigentes, condicionando decisivamente el presente y futuro de la filosofía. Una trayectoria tan destacada en alguien proveniente de un lugar tan periférico no deja de ser llamativa. Conviene preguntarse cómo y por qué logró conseguirlo.

Me voy a arriesgar a esbozar una respuesta que apunta en tres direcciones. En primer lugar, hasta bien entrada la Modernidad no se produjo una quiebra interna irreductible en el ámbito de la razón. A tiro pasado identificamos a sus cultivadores como filósofos, como científicos o como matemáticos, pero las fronteras entre estas disciplinas eran entonces bastantes borrosas. No sólo sobresalían a la vez en todas ellas los gigantes del pensamiento, como Descartes o Leibniz, sino que muchos personajes menos relevantes, como Hobbes, d'Alembert, Wolff o Lambert, practicaban con éxito la interdisciplinariedad. Es cierto que a la altura del siglo XVIII empezó a abundar la figura del especialista, esto es, el investigador que se ciñe a un campo bien delimitado. Pero los puentes entre unos saberes y otros todavía no estaban rotos, de manera que un "filósofo-literato" como Voltaire podía presentar memorias en las academias de ciencias y un matemático como Euler

protagonizaba polémicas referidas a cuestiones de metafísica¹. El propio Kant se dedicó sobre todo a temas de mecánica y astrofísica hasta después de cumplir los 40 años. Sólo más tarde elaboró las grandes obras de filosofía pura que lo harían célebre. En la etapa que va de 1763 a 1770 se produce este cambio de orientación en la vida del filósofo. La elaboración del sistema crítico tiene lugar durante los mismos años en que de una vez por todas se rompió la conexión orgánica ciencia y filosofía. No es arriesgado concluir que Kant llevó la voz cantante en este proceso, de manera que su actividad condicionó decisivamente su evolución, aquellos momentos no hubo ninguna figura capaz de hacerle sombra. Aquí radica el primer motivo de la trascendencia histórica de Kant: fue él quien efectuó la partición del conocimiento racional en ciencia positiva por un lado y filosofía especulativa (o crítica) por otro.

El segundo motivo también está relacionado con su peculiarísima posición histórica. Hemos visto que la ubicación geográfica le fue desfavorable; la temporal en cambio resultó crucial. Durante la Ilustración la mayor parte de los intelectuales estuvieron demasiado comprometidos con los conflictos políticos y sociales del entorno. Desde un rincón provinciano alejado de los vaivenes cotidianos, consagrado al estudio y la reflexión, Kant pudo apreciar en toda su magnitud el cambio que se estaba operando a gran escala: llamaba a la puerta una nueva época en la que el coraje de saber dejaría de ser el desafío de unos pocos para convertirse en la ineludible tarea de todos, de suerte que hombres y mujeres dejarían de ser simples súbditos para convertirse en ciudadanos llamados a gozar la plenitud de los derechos que a tales correspondieran. Las obras capitales de Kant resultan bastante inaccesibles para el lego, pero además de ellas publicó un grupo de escritos sobre ética, política y filosofía de la cultura que estaban al alcance de cualquier persona culta y cimentaron su popularidad. Dentro de ellos ocupa un lugar destacado el titulado: *Respuesta a la pregunta: ¿Qué es la Ilustración?* Allí quedan reflejadas mejor que en cualquier otro lugar las justas aspiraciones del momento histórico, ya que proclama alto y claro que la humanidad debe acceder de una vez por todas a la edad adulta. No conviene, agrega Kant, posponer por más tiempo el ejercicio pleno de las responsabilidades políticas por serios que sean los peligros de hacerlo. Lo que da especial autoridad a este manifiesto es la intachable figura de quien lo firma, la ausencia casi perfecta en él de apetencias personales de poder y protagonismo. Esto refuerza la autoridad de un filósofo que no se hizo portavoz de una corriente o colectivo, sino de todo el género humano.

Un tercer factor acrecienta la importancia de su figura. Tiene que ver con algo que concierne muy directamente a los asuntos que a diario tratamos en esta casa: las investigaciones que llevó a cabo sobre los presupuestos de la eticidad, el hecho de que posiblemente haya sido el más grande filósofo moral de la historia. Conviene reconocer esto aun cuando sus propuestas hayan sido objeto de controversia: tanto el *teísmo moral* como el *formalismo* de una ética basada en el *imperativo categórico* están muy lejos de haber conseguido aceptación general. La fundamentación y el contenido de los códigos de conducta siguen siendo problemas abiertos. No obstante, hay una contribución importantísima que sin discusión debemos a Kant: la superación

¹ Véase J. Arana, *La mecánica y el espíritu. Leonhard Euler y los orígenes del dualismo contemporáneo*, Madrid, Editorial Complutense, 1994, pp. 19-86.

definitiva del *intelectualismo ético*, una tesis que Sócrates y Platón pusieron en circulación y los griegos no supieron abandonar. Tampoco los filósofos inspirados por el cristianismo consiguieron remover la subordinación de la voluntad a la inteligencia hasta que Kant escribió las páginas inmortales de la *Fundamentación de la metafísica de las costumbres* y la *Crítica de la razón práctica*. Allí está la clave de que deba ser considerado, como ningún otro, el *filósofo de la libertad*, sin perjuicio de cualquier reparo que quepa oponer al desarrollo ulterior de sus ideas, como yo mismo me he atrevido a hacer en el libro *Los filósofos y la libertad*². En todo caso no es el punto que me trae hoy aquí, sino, como dije al principio, conmemorar el tercer centenario del gran hombre mediante una sumaria valoración de su legado. Ahora bien, por modestas que sean mis pretensiones, enjuiciar un asunto de tanta envergadura implica correr un grave riesgo de presunción, a no ser que uno deje bien claras las credenciales que le avalan y reconozca además lo problemático del dictamen. Pues bien, he de decir que no presumo de ser una autoridad reconocida en el mundo de los estudios kantianos, pero le he consagrado una parte importante de mi actividad. Mi tesis de licenciatura versó sobre *Matemáticas y ciencia natural en el primer Kant*; la tesis doctoral llevó por título: *La filosofía de la ciencia del Kant precrítico y el problema de la unidad del conocimiento en los siglos XVII y XVIII*. A resultas de todo ello publiqué el libro *Ciencia y metafísica en el Kant precrítico*³. Con estos avales, obtuve una beca Humboldt para estudiar durante un año en la Universidad de Münster la formación científica de Kant, contando con el asesoramiento del profesor Friedrich Kaulbach. Fruto de aquella estancia fue la publicación de la traducción crítica y comentario perpetuo de *La estimación de las fuerzas vivas*, primera obra del filósofo⁴. También traduje sus cursos de física. Más tarde recibí de la misma institución un segundo año de beca para estudiar en la Universidad Técnica de Berlín las relaciones entre ciencia y filosofía en la Academia de Ciencias berlinesa durante el siglo XVIII. Como resultado de todo ello y de la atención que le he prestado después, he publicado sobre el tema un total de cinco libros y una veintena de artículos y capítulos⁵. También he intervenido en

² *Los filósofos y la libertad. Necesidad natural y autonomía de la libertad*, Madrid, Síntesis, 2005.

³ Sevilla, Secretariado de Publicaciones de la Universidad de Sevilla, 1982.

⁴ I. Kant, *Pensamientos sobre la verdadera estimación de las fuerzas vivas (1747)*, Bern, Peter Lang Verlag, 1988.

⁵ J. Arana, *Guía bibliográfica para el estudio de Kant*. Sevilla, Instituto de Ciencias de la Educación, 1982; Traducción de: F. Kaulbach: “Aspectos vigentes de la estética kantiana”, en: *Thémata*, 2, 1985, pp. 55-62; “La polémica de las fuerzas vivas y la epistemología de la mecánica en la Ilustración”, *Actas presentadas al III Congreso de Teoría y Metodología de las Ciencias*, Oviedo, Pentalfa, 1985, pp. 273-280; “Matías Nieto Serrano y el influjo de la filosofía natural kantiana sobre el pensamiento español”. en: J.E. Dotti, H. Holz, H. Radermacher (Hrsg.), *Kant in der Hispanidad*, Frankfurt a. M., Peter Lang, 1988, pp. 11-30; “Kant y las tres físicas”, *Reflexión*, núm. 1, 1990, pp. 41-56; también en: *En torno a la filosofía natural de Newton. Crisis de la Modernidad*, Salamanca, Sociedad Castellano-Leonesa de Filosofía, 1991, pp. 55-79; “Die Auseinandersetzung über natürliche Religion in der Aufklärung: d’Alembert und Friedrich II.”, en: J. A. Nicolas; J. Arana (Editores), *Saber y conciencia. Homenaje a Otto Saame / Wissen und Gewissen. Gedenkschrift für Otto Saame*, Granada, Editorial Comares, 1995, pp. 23-39; “Kant y el final de la filosofía de la naturaleza”, en: *Kant. Las tres Críticas. IV Jornadas de actualización filosófica*, Santafé de Bogotá, Universidad de la Sabana & Universidad de los Andes, 1995, pp. 61-72; 36; “El influjo de Descartes, Leibniz y Newton sobre idea kantiana de ciencia”, en: *Kant. Las tres Críticas. IV Jornadas de actualización filosófica*, Santafé de Bogotá, Universidad de la Sabana & Universidad de los Andes, 1995, pp. 121-133; “El cartesianismo de Kant”, *Enrahonar* (Barcelona), 1999, pp. 47-58; Voces: “Apodíctico”, “Aporía”, “A priori / A posteriori”, “Concepto”, “Conceptualismo”, en: J. Muñoz, J. Velarde (eds.), *Compendio de epistemología*, Madrid, Trotta, 2000, pp. 13-16, 56-61, 129-133; “Naturaleza y libertad: Kant y la tradición racionalista”, en: *Anuario filosófico*, 37, 2004, pp. 563-594; “Kant y el fin de la filosofía de la naturaleza”, en: *Enrahonar*, 36, 2004, pp. 11-24; “Naturaleza y libertad en la obra kantiana”, en: M^a del Carmen Paredes (ed.), *Kant. Revisión crítica del concepto de razón*, Salamanca, Sociedad Castellano-Leonesa de Filosofía, 2007, pp. 27-46; “Naturaleza y libertad: Kant y la tradición racionalista”, en P. Teruel (ed.), *Kant y las ciencias*. Madrid,

numerosos congresos dedicados al asunto, el último de los cuales tuvo lugar en Valencia hace un par meses. Como es natural, lo he tratado por extenso en mi docencia, hasta el punto de que mis sufridos alumnos solían decir que les daba “una de Kant y otra de Arana”.

¿Es todo eso refrendo suficiente? Discutiblemente, dado que tan solo en el siglo XIX y en alemán se publicaron casi 3.000 trabajos sobre el particular. Hoy en día y en todo el ancho mundo pasarán fácilmente de cien mil. Hacer un balance ponderado de todo ello sobrepasa mis fuerzas y supongo que las de cualquiera. No obstante, a estas alturas no tengo esperanzas de avanzar mucho más, así que les voy a dar cuenta de mis conclusiones, exponiéndoles hasta dónde he conseguido llegar.

Por un lado, resulta indiscutible no ya la calidad intrínseca, sino la vigencia del pensamiento kantiano en las esferas de la ética, la filosofía política y de la cultura. Mucho más controvertida resulta su reflexión en el campo de la teología y la filosofía de la religión, si bien las repercusiones siguen siendo grandes en el ámbito de la teología protestante e incluso de la católica, en el sentido de que Kant en buena parte dio lugar al ocaso de la teología natural y auge de la teología de la interioridad, especialmente a partir de Karl Barth en el horizonte evangélico y de Karl Rahner en el católico.

Mientras que el impacto de su filosofía sobre las humanidades ha sido tan importante como duradero, en cambio sobre la metafísica y la epistemología ha resultado mucho más problemático. Aunque en el contexto de una discusión técnica lo que voy a decir supondría una simplificación excesiva, no es del todo inexacto señalar que según Kant las nociones de *Dios*, *alma* y *mundo* son ideas de la razón pura que no pueden ser enlazadas de modo fiable con la experiencia posible, y por lo tanto carecen de valor objetivo a la hora de elaborar una teoría solvente, de manera que, si fuera así, la metafísica tal como se entendía en su tiempo se convertiría en una empresa inviable. Muy poco antes Christian Wolff había reordenado la disciplina en cuatro apartados: *ontología general*, *teología natural o teodicea*, *psicología racional* (hoy diríamos, *antropología filosófica*) y *cosmología racional* (o *filosofía de la naturaleza*)⁶. Según Kant, ninguna de ellas poseía credibilidad para ocupar un puesto en el edificio del saber racional. Es comprensible que destacados coetáneos como Mendelssohn o Eberhard le consideraran casi un escéptico radical, una especie de Hume prusiano. Nuestro hombre, sin embargo, rechazó vigorosamente tal acusación porque, aunque había impuesto estrechos límites a la *razón teórica*, todavía dejaba abierta la vía de la *razón práctica*, que proporcionaría un saber — ciertamente no teórico— pero sí capaz de fundamentar tanto una metafísica de las costumbres como el *teísmo moral* con el que pretendió salvar de algún modo la teología.

En lo que respecta a la metafísica como ciencia teórica, el secuestro decretado por Kant fue escasamente respetado por la generación que le siguió, ya que la escuela idealista alemana, encabezada por Fichte, Schelling

Biblioteca Nueva, 2011, pp. 320-331; “La filosofía de Kant como propuesta de reordenación del saber”, en: R. V. Orden, J. M. Navarro, R. Rovira (eds.), *Kant en nuestro tiempo. Las realidades en que habitamos*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2016, pp. 35-54; R. Parellada, “Conversación sobre Kant... con Juan Arana”, *Con-Textos Kantianos. International Journal of Philosophy*, 5, Junio 2017, pp. 428-438; “Kant, el hombre”, en A. Rojas (ed.), *New Realism in the World Picture Age*, Madrid, Ápeiron, 2020, pp. 202-227.

⁶ Véase J. Arana, “El problema de la unidad del conocimiento en Christian Wolff”, *Anuario filosófico*, vol. XII-2, 1979, pp. 9-29.

y Hegel, rompió el embargo y se embarcó en empresas de una ambición teórica que desafía la comparación con cualquier otra época anterior. Estos autores ahondaron especulativamente en el polo subjetivo del conocimiento, ya que el polo objetivo habría quedado inhabilitado por el idealismo kantiano. La *Crítica de la razón pura* supondría para ellos un punto de partida, pero no de llegada. Hay que reconocer, sin embargo, que el recorrido de esta escuela de pensamiento fue corto, pues tras la muerte de Hegel padeció una crisis que no pocos consideraron irreversible. Reconociéndola como una salida en falso, la mayor parte del estamento académico alemán en el campo de la filosofía retornó a Kant, de manera que el neokantismo fue la corriente dominante durante la segunda mitad del siglo XIX y primer tercio del XX, en pugna con los positivistas y materialistas, que propusieron respuestas propias al desafío kantiano.

Conviene recordar, no obstante, que el mismo Kant no había pretendido hacer tabla rasa de la metafísica teórica. Quiso apartarla, sí, de la experiencia, entendiéndola como “conocimiento a priori por meros conceptos”. Ciertamente la expresión “a priori” es característica como pocas de su pensamiento. A lo largo de sus escritos aparece nada menos que 1.855 veces⁷. Pero eso no implica que la metafísica careciera según él de significado para las disciplinas que están vertidas hacia la experiencia. Fiel súbdito del déspota ilustrado que fue Federico II, su filosofía admite la denominación de “apriorismo ilustrado”, porque podría adjudicársele el siguiente lema: “*Todo para la experiencia, pero sin la experiencia*”. ¿Hay alguna forma de entender esto sin necesidad de sumergirnos en los laberintos conceptuales y terminológicos del criticismo? Sabido es que Kant introduce una separación radical entre los *fenómenos* y la *realidad realmente real* (valga la redundancia), porque aquéllos estarían contaminados por una buena cantidad de añadidos subjetivos. Tales contaminaciones afectarían a las propias formas que tenemos de sentir —y ahí hay que contabilizar el espacio y el tiempo como formas a priori de la sensibilidad—, pero de acuerdo con Kant la subjetividad también impone a lo que se percibe ciertas funciones de síntesis, esto es, principios de unificación. Son los conceptos puros del entendimiento, cuya virtud es impedir que el mundo sensible se vuelva absolutamente caótico y disperso. En consecuencia, la matemática descubre en abstracto la obligada estructuración de nuestra mirada, de suerte que la ciencia natural tiene que darse como *matemática aplicada*, esto es, sólo es ciencia en la misma medida que saque a relucir el esqueleto matemático del modo ser afectados por lo que nos rodea⁸. A su vez, el aparato conceptual impone modos preestablecidos para unificar el mundo sensible. Por tanto —y siempre con el fin de cumplir los cánones de conocimiento riguroso que Kant establece para cualquier saber científico— la ciencia natural no sólo debe apoyarse en la *matemática pura*, sino también en una *metafísica*, que aporta la armadura conceptual del mundo fenoménico. No voy a entrar en más detalles. Kant la llama *metafísica de la naturaleza*, y la incoa en la *Crítica de la razón pura*, para acabar de exponerla en los *Principios metafísicos de la ciencia natural*. Éste último es un libro que publicó en 1783, esto es, en pleno proceso de redacción de las tres *Críticas*. Son escasos los kantianos que han osado internarse en las complejidades de este libro, y menos aún los que han conseguido descifrar su entero significado. No presumo de ser uno de ellos, a pesar de

⁷ Gottfried Martin (hrg.), *Wortindex zu Kants gessammelten Schriften*, Berlin, Gruyter, 1967, p. 720.

⁸ Véase I. Kant, *Principios metafísicos de la ciencia de la naturaleza*, Madrid, Alianza, 1989, p. 31.

las muchas horas que he invertido en tal menester. Como estamos entre amigos, voy a sincerarme y les confesaré mis dudas de que nadie pueda acabar de entenderlo, de lo cual hay un indicio bien significativo, y es que el propio Kant abordó al final de su vida la redacción de una obra titulada provisionalmente *Transición de los principios metafísicos de la ciencia natural a la física*⁹, de la cual dejó al morir siete gruesos legajos manuscritos en gran parte ininteligibles¹⁰. Un segundo indicio es que apenas despertó ningún eco y casi nadie asumió la misión de explicarlo, desarrollarlo, reformarlo o siquiera de intentar impugnarlo.

En resumidas cuentas, de la cuádruple proscripción kantiana de la metafísica digamos, “tradicional”, los idealistas intentaron recuperar especulativamente una mixtura de ontología general, teodicea y antropología filosófica, aunque no tuvieron demasiado éxito a largo plazo. Los intentos de Schelling y Hegel de hacerlo también con la cosmología racional ni siquiera prosperaron a corto plazo, entre otras razones porque casi unánimemente los científicos rechazaron tanto la pretensión idealista de mediatizar su trabajo, como la kantiana de fundamentarlo. En este sentido siguen siendo recordadas las palabras que pronunció Hermann von Helmholtz, rector de la Universidad de Heidelberg y gran autoridad de la física decimonónica: “La filosofía de la naturaleza hegeliana pareció a los cultivadores de las disciplinas naturales absolutamente privada de sentido”¹¹. Por su parte Ludwig Boltzmann, probablemente el físico teórico de mayor enjundia en el tránsito del XIX al XX, confesaba:

“Para ir derecho a los más profundos abismos, fui a Hegel; ¡qué oscuro e irreflexivo caudal de palabras iba a encontrar allí! Mi desafortunada estrella me condujo de Hegel a Schopenhauer. [Allí encontré el siguiente pasaje:] ‘la filosofía alemana está cargada de desprecio, objeto de risa en otros países, desterrada de la ciencia honesta como un...’ Suprimo la parte siguiente, ya que hay señoras presentes. [...] Con esto estuve, por supuesto, de acuerdo, pero encontré que Schopenhauer además merecía los golpes de su propio garrote”¹².

Textos parecidos podrían acumularse *ad libitum*. A lo largo del siglo XIX la desavenencia entre ciencia y filosofía se fue convirtiendo en algo chocante. Sin embargo, Kant había intentado salvar la cosmología racional, transformándola en una metafísica de la naturaleza que sirviera para asentar la científicidad al menos de la física. ¿Cuál fue el motivo de tan rotundo fracaso? Todavía Helmholtz mostraba en el mismo escrito que he citado sus respetos a Kant, considerando que: “la filosofía kantiana estaba en el mismo terreno de las ciencias naturales, como muestran del mejor modo los trabajos naturalísticos del propio Kant, y sobre todo su propia hipótesis cosmogónica, fundada sobre la ley gravitacional de Newton, que ha recibido después amplio

⁹ “La tarea en la que ahora me ocupo se refiere al «Tránsito de los fundamentos primeros metafísicos de la ciencia natural a la Física». Esa tarea tiene que resolverse, pues de lo contrario quedaría un agujero en el sistema crítico”. Carta a Christian Garve, de septiembre de 1798, I. Kant, *Correspondencia*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2005, p. 257.

¹⁰ Véase E. Adickes, *Kants Opus postumum*, Vaduz, Topos Verlag, 1978.

¹¹ H. von Helmholtz, *Opere*, Torino, UTET, 1967, p. 344.

¹² L. Boltzmann, *Escritos de mecánica y termodinámica*, Madrid, Alianza, 1986, p. 201.

reconocimiento bajo el nombre de Laplace”¹³. Pero, claro está, en este pasaje se refería a los escritos precríticos que precedieron al establecimiento del idealismo trascendental, esto es, a lo que el propio Kant rechazó una vez consumado el “giro copernicano” de su filosofía¹⁴, mediante el cual desplazó desde el objeto al sujeto el centro de gravedad de la indagación. Boltzmann, que en lugar de los opúsculos primerizos leyó la *Crítica de la razón pura*, era terminante al respecto: “Incluso en Kant había diferentes cuestiones que yo podría comprender tan poco, que desde su general agudeza de mente casi sospeché que quería burlarse del lector o que incluso era un impostor”¹⁵.

De ninguna manera es concebible que una persona tan seria pretendiera bromear sobre un asunto de tal gravedad. La raíz de la discrepancia está en que Kant era tributario de la tradición racionalista y había elegido la matemática pura como modelo de conocimiento, estableciendo su evidencia como umbral de credibilidad exigible. Descartes había estipulado en el *Discurso del método*:

“El estudio de las matemáticas me producía un especial deleite dada la certeza y evidencia de sus razonamientos. Pero aún no había logrado percatarme de su verdadera función y, considerando que únicamente eran aplicadas a las artes mecánicas, me producía una gran extrañeza el que, dada la firme solidez de sus fundamentos, no se hubiera construido sobre los mismos algo más destacado”¹⁶.

Emular la perfección del conocimiento matemático fue en lo sucesivo la aspiración de todos los autores de la corriente. Practicaron una forma de trabajo que podría denominarse *epistemología del rigor*, cuya principal ambición consistía en independizar a la filosofía de la experiencia en sus dos principales órdenes —el *físico* y el *metafísico*—. ¿Por qué? Porque las aportaciones empíricas siempre son imprecisas, cuestionables y nunca tienen un alcance universal. Sin embargo, Descartes sólo se mantuvo intransigente en el terreno de la metafísica, porque al llegar a la física abrió la mano gracias a la distinción entre *cantidad de movimiento* y *determinación del movimiento*¹⁷. Algo parecido ocurrió con Leibniz cuando diferenció entre *verdades de razón* y *verdades de hecho*. También Malebranche contemporizó con la inevitable referencia a observaciones y experimentos en el terreno de la indagación natural¹⁸, como hicieron los principales exponentes de la ciencia cartesiana con Christian Huygens a la cabeza. No obstante, el último vástago de la serie, Christian Wolff, que en su origen era profesor de matemáticas y no de metafísica, llevó la pasión razonadora hasta el extremo de pretender demostrar el *principio de contradicción*¹⁹ y también el *principio de razón suficiente*, éste último por partida doble²⁰. Entre tanto, los físicos habían abandonado el apriorismo de la mecánica cartesiana en

¹³ H. von Helmholtz, *ibid.*, p. 342.

¹⁴ Carta a J.H. Tieftrunk del 13/10/1797, *Correspondencia*, p. 249.

¹⁵ L. Boltzmann, *ibid.*, p. 202.

¹⁶ R. Descartes, *Discurso del método*, Madrid, Alfaguara, 1986, pp. 7-8.

¹⁷ Véase J. Arana, *Filosofía natural*, Madrid, BAC, 2023, pp. 135-149.

¹⁸ Véase A. Robinet, *Malebranche, de l'Académie des Sciences*, Paris, Vrin, 1970.

¹⁹ Ch. Wolff, *Pensamientos racionales acerca de Dios, el mundo y el alma del hombre, así como sobre todas las cosas en general*, Madrid, Akal, 2000, pp. 65-66.

²⁰ Ch. Wolff, *Ibid.*, pp. 69-70.

seguimiento de Newton, quien a la hora de justificar las investigaciones que realizaba se había inspirado en su amigo John Locke²¹. Esbozó —si bien no desarrolló— lo que cabría llamar una *epistemología del riesgo*, basada en un concepto realista de verdad y un cauto uso de la experiencia. El éxito de la filosofía natural newtoniana sorprendió a propios y extraños, que no tardaron en reformular dentro de esquemas racionalistas sus principales descubrimientos, como la explicación del sistema del mundo a partir de la ley de atracción universal. Así lo hizo el propio Wolff en su monumental *Elementa matheseos universae*²² y también la Marquesa de Châtelet (traductora de Newton al francés, pero devota de Leibniz) en sus *Institutions physiques*²³. Por desgracia para el asunto que tratamos, Kant supo de Newton a través de ese tipo de literatura, de manera que la física del inglés le llegó filtrado a través de la óptica racionalista, como testimonia la evaluación que hizo en 1755 del tipo de verdad que supuestamente habría alcanzado: “Todo [lo que Newton afirma] está establecido incontrovertiblemente para siempre por la geometría más infalible a través de observaciones indiscutibles”²⁴. Conviene añadir que en las obras de madurez no cambió esta valoración de la física newtoniana. Incluso trató de encontrar para ella demostraciones a priori²⁵. Resulta particularmente insólita esta pretensión, puesto que por aquellos mismos años los físicos y matemáticos de mayor autoridad, como Clairaut, Euler o d’Alembert consideraban la posibilidad de modificar la ley newtoniana de la gravedad, debido a la imposibilidad de predecir con exactitud desde ella los movimientos de la luna²⁶.

Todo esto aboca a detalles enojosos en los que resulta fácil perderse. Si queremos que los árboles no nos impidan ver el bosque hay que preguntarse: ¿Dónde está el punto crucial? Kant postuló una distancia insalvable entre los fenómenos y las cosas mismas. Con ello rompía la unidad de la razón, puesto que la ciencia positiva se atiene a lo fenoménico, mientras que la filosofía se empeña en trascenderlo. No obstante, su racionalismo le hizo despreciar cualquier conocimiento meramente empírico, porque no permitía asentar ni la universalidad ni la certeza que anhelaba. Por consiguiente, tuvo que postular elementos aprióricos en la matemática y en la física para sostener el rigor de la ciencia natural. La solución no era exportable en cambio a la metafísica convencional, porque tales elementos *remiten* a la experiencia aunque no dependan de ella, mientras que las ideas metafísicas *sobrepasan* la experiencia desde todos los puntos de vista, lo que les condena a permanecer para siempre en el terreno de la mera especulación: ni se concretan en lo fenoménico ni tampoco hunden sus raíces en lo realmente real. ¿A quién puede satisfacer una propuesta así? Kant creía que a todos: a los científicos porque justificaba la corrección del trabajo que hacían y les libraba de interferencias; a los filósofos, porque lo que les quitaba en el plano dogmático se lo otorgaba en el crítico; a los espíritus religiosos, porque la práctica les otorgaba la esperanza de que la teoría les negaba. Como afirmó en el prólogo a la segunda edición de la *Crítica*: “Tuve, pues, que suprimir el saber para dejar sitio a la fe”²⁷.

²¹ Véase A. Koyré, *Études newtoniennes*, Paris, Gallimard, 1968, pp. 51-84.

²² *Elementa Matheseos Universae*, Hildesheim, Olms, 1971.

²³ *Institios physiques*, Hildesheim, Olms, 1988.

²⁴ I. Kant, *Historia general de la naturaleza y teoría del cielo, 1755*, Buenos Aires, Juárez, 1969, p. 39.

²⁵ I. Kant, *Principios metafísicos de la ciencia de la naturaleza*, Madrid, Alianza, 1989, pp. 132-136.

²⁶ Véase J. Arana, *Filosofía natural*, § 72.

²⁷ I. Kant, *KrV*, B p. xxx.

A pesar de todo ello, el castillo de naipes que tan laboriosamente había levantado empezó a venirse abajo por el punto que Kant consideraba mejor asentado. Necesitaba imperiosamente que sólo hubiese una única matemática, puesto que no tenemos más que un solo modo de intuir el espacio y el tiempo. Asimismo, precisaba que los principios básicos de la mecánica tuvieran una firmeza incommovible, puesto que pretendía haberlos deducido de las funciones universales de síntesis del entendimiento. Contrariando tan inequívocas profecías, al poco de su muerte empezaron ser formuladas geometrías no euclidianas y algo después toda clase de álgebras abstractas: no había una sola matemática, sino muchas, y la mayor parte de ellas prescindían por completo de cualquier tipo de intuición: ni pura, ni empírica. Por otro lado, a lo largo de todo el siglo XIX conocieron imparable auge formulaciones de la ciencia natural que muy poco tenían que ver con la para Kant sacrosanta mecánica newtoniana. A la vuelta del siglo siguiente Albert Einstein dio por tierra con sus mismos principios, convirtiéndolos en supuestos para una descripción aproximada de los fenómenos. Incluso encontró la forma de reconciliar con la experiencia la noción misma de *universo*, que Kant había devaluado como mera idea de la razón pura. Con ello dio carta de ciudadanía a una ciencia completamente nueva, la *cosmología* contemporánea.

Así pues, la filosofía kantiana está completamente superada para los científicos con cierto grado de ambición teórica. Constituye una cáscara vacía a la que tan sólo una visión desfasada del conocimiento puede seguir otorgando validez. Erigiéndose en portavoz del nuevo paradigma de la complejidad, Ilya Prigogine declaraba en 1979:

“La solución kantiana justifica a la vez el conocimiento científico y la extrañeza del hombre en el mundo descrito por esta ciencia: de hecho, lo que Kant elaboró así filosóficamente no es sino el discurso mítico de la ciencia moderna. En ese sentido, tomaba nota de la forma sistemática que la física se había dado a lo largo del siglo XVIII, y asignaba a esta última su dominio de validez, determinaba los fundamentos y los límites de su legitimidad. [...] La postura crítica adoptada por la filosofía kantiana y, a partir de ella, por un gran número de filósofos hasta nuestros días, ratifica a nivel de los principios una postura de hecho: no hay diálogo posible con una ciencia cuyo discurso es mítico”²⁸.

Duras palabras, avaladas sin embargo por un hecho incontrovertible: en una carta a Christian Garve de 1788 el filósofo confesaba que lo que le dio la clave para crear el sistema crítico no fue en definitiva otra cosa que las antinomias de la razón pura y muy en particular el conflicto entre la causalidad física determinista y la convicción de que las acciones humanas en algún sentido son libres²⁹. Sin embargo, el determinismo físico no fue en modo alguno un problema que se les planteara a los científicos ni tampoco a los filósofos con

²⁸ I. Prigogine, I. Stengers, *La nueva alianza. Metamorfosis de la ciencia*, Madrid, Alianza, 1983, pp. 92-94.

²⁹ “No fue la investigación acerca de la existencia de Dios, de la inmortalidad, etc., el punto que me sirvió de arranque, sino la antinomia de la razón pura: El mundo tiene un comienzo... no tiene comienzo alguno, etc., hasta la cuarta: Hay libertad en el hombre, frente a esto otro: No hay libertad alguna, sino que todo es en él necesidad natural. Esto fue lo que me despertó en primer lugar del sueño dogmático, y me llevó a la Crítica de la razón misma...” carta a Christian Garve, 21 de septiembre de 1798, *Correspondencia...*, pp. 257-258.

conocimientos físico-matemáticos durante los siglos XVII y XVIII: ni Galileo, ni Descartes, ni Huygens, ni Newton, ni Euler fueron deterministas³⁰. Si lo fueron en cambio algunos filósofos poco familiarizados con la nueva ciencia, aunque hondamente impresionados por sus sorprendentes éxitos: Spinoza, Hobbes, y —sorprendentemente— Hume³¹, a quien Kant atribuyó el despertar de su sueño dogmático³². Leibniz propuso un determinismo metafísico que no planteaba conflictos con la libertad, ya que su armonía preestablecida estaba situada fuera del espacio y el tiempo³³. Wolff en cambio, al resituar las mónadas dentro del horizonte espaciotemporal, sí cayó en el determinismo físico³⁴. De modo que, por hacer honor a sus dos filósofos de cabecera, Wolff y Hume, construyó Kant el formidable montaje del sistema crítico, que en este sentido constituye ciertamente una *mitología* de la mecánica clásica. Ciertamente algo contribuyó Kant a que muchos científicos sucumbieran a partir de Laplace a la tentación del determinismo físico. Pero la ciencia del siglo XX superó definitivamente tal tentación. Por eso poco o nada queda de la herencia kantiana dentro del orbe propiamente científico. Karl Popper ha sido la figura más destacada de esta superación:

“...parece extraño que en su filosofía de la ciencia Kant no adoptase la misma actitud de racionalismo crítico, o la búsqueda crítica del error. Estoy seguro de que sólo una cosa impidió a Kant dar este paso: su aceptación de la autoridad de Newton en el campo de la cosmología. Esta aceptación se basaba en el hecho de que la teoría de Newton había superado las pruebas más severas con un éxito casi increíble. Si mi interpretación de Kant es correcta, el racionalismo crítico —y el empirismo crítico que también defiende— puede considerarse un intento por llevar más lejos la filosofía crítica de Kant”³⁵.

Sin embargo, dentro de la filosofía —quiero decir de la filosofía pura— todavía hay improntas kantianas que deberíamos esforzarnos por dejar atrás. La primera de ellas es la recurrente obsesión de los filósofos por la epistemología del rigor, como revela entre otros muchos el título del libro de Edmund Husserl *Philosophie als strenge Wissenschaft, La filosofía como ciencia estricta*³⁶. La segunda impronta es la consecuente renuncia

³⁰ Véase J. Arana, *Filosofía natura...*, pp. 170-172.

³¹ “Se acepta universalmente que la materia, en todas sus operaciones, es movida por una fuerza necesaria o que todo efecto natural está tan precisamente determinado por la energía de su causa, que ningún otro efecto en esas circunstancias concretas podría resultar de ella. El grado y dirección de todo movimiento son fijados por las leyes de la naturaleza con tal precisión que tan fácil es que surja un ser viviente del choque de dos cuerpos como que ocurra un movimiento de otro grado o dirección. Si deseamos, por tanto, hacernos una idea correcta y precisa de la necesidad, hemos de considerar de dónde surge esta idea cuando la aplicamos a la operación de los cuerpos”. D. Hume, *Investigación sobre el conocimiento humano*, Madrid, Alianza, 1981, p. 106.

³² I. Kant, *Prolegómenos a toda Metafísica del porvenir que haya de poder presentarse como una ciencia*, Buenos Aires, Aguilar, 1965, p. 45

³³ Véase J. Arana, *Los filósofos y la libertad...*, pp. 51-74.

³⁴ “En una ocasión aconteció aquí un sonoro ejemplo sobre ello, en tiempos del difunto rey, cuando el Señor Wolff enseñaba en Halle la teoría de la armonía preestablecida. El rey quiso informarse sobre esta doctrina, que entonces metía mucho ruido, y un cortesano respondió a Su Majestad que todos los soldados, según esta doctrina, no eran más que puras máquinas; y cuando algunos desertaban, era por una consecuencia necesaria de su estructura, y por tanto era un error castigarlos, como se cometería al querer castigar a una máquina por producir tal o cual movimiento. El rey se enfadó tanto con este relato, que mandó expulsar a Wolff de Halle, bajo pena de ser ahorcado, si se le encontraba después de veinticuatro horas. Este filósofo se refugió entonces en Marburgo, donde yo le traté poco tiempo después”. L. Euler, *Cartas a una princesa de Alemania*, Zaragoza, PUZ, 1990, LXXXIV, p. 251.

³⁵ K. Popper, *En busca de un mundo mejor*, Barcelona, Paidós, 1994, p. 72.

³⁶ Buenos Aires, Nova, 1969.

a formular preguntas para las que no haya asegurada una respuesta incontrovertible, con lo que la filosofía acaba convirtiéndose en un cuerpo de doctrina cerrado y sin posibilidad de ulteriores cambios o ampliaciones. La decisión de Ludwig Wittgenstein de abandonar la actividad teórica tras la conclusión de su *Tractatus logico-philosophicus* y convertirse en maestro de escuela o jardinero de un convento es un caso extremo de este tipo de planteamientos³⁷. Bien es cierto que más tarde pensó que podría encontrar en el análisis del lenguaje y la disolución de los pretendidos enigmas de la filosofía una actividad teórica sustitutoria e inagotable. Esta es la vía que la filosofía analítica y otras corrientes del pensamiento contemporáneo han seguido: reconvertir la filosofía en un saber especializado y supuestamente tan riguroso como la matemática o la lógica. Esta ha sido la tercera y a mi juicio más lamentable pervivencia —o si lo prefieren efecto colateral— de la herencia kantiana.

³⁷ Véase W. Eilenberger, *Tiempo de magos. La gran década de la Filosofía 1919-1929*, Madrid, Taurus, 2019. Algo parecido le ocurrió a Alfred Ayer después de escribir *Lenguaje, Verdad, y Lógica*: “Había cubierto tanto terreno [...] y restringido hasta tal punto la función del filósofo, que no sabía a ciencia cierta qué podía quedarme por hacer. El profesor Lindemann porfiaba en que volviese la atención hacia la física, cosa bastante razonable sí se tiene en cuenta que mi libro concluía con la afirmación de que no era concebible una filosofía válida que no estuviese al tiempo dentro de la lógica de la ciencia. Ésta y la lógica simbólica entraban de hecho en el contrato como materias obligadas de investigación” A.J. Ayer, *Parte de mi vida*, Madrid, Alianza, 1982, p. 160.